

EOIN COLFER

FUTURO AZUL

Par el autor de

ARTEMIS FOWL



Bienvenidos al tercer milenio; bienvenidos a Satellite City, la ciudad del futuro. Un futuro que no parece nada prometedor para Cosmo Hill, un huérfano que vive en el Instituto Clarissa Frayne. Cosmo, harto de ser un conejillo de Indias para probar los nuevos productos de una tecnología cada vez más avanzada, solo sueña con escapar. La ocasión se presenta, pero todo sale mal. De repente, empieza a ver cómo su cuerpo se va debilitando y a unos seres azules que se lanzan contra él, extendiendo cuatro largos dedos que se introducen en su cuerpo... ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿Por qué los ve?

Para Sophie, mi amiga y agente.
Gracias por los últimos cuatro años,
y por los muchos más que vendrán.

1

Cosmonaut Hill

Ciudad Satélite, Hemisferio Norte, próximamente

«CIUDAD SATÉLITE. La ciudad del futuro», anunciaban las vallas publicitarias. Una metrópoli bajo el control absoluto del satélite Myishi 9, eternamente suspendido en el aire encima de ella como un buque de guerra flotante; una ciudad entera hecha a medida para el tercer milenio: todo lo que quiera el cuerpo y nada de lo que necesite el alma. Quinientos kilómetros cuadrados de acero gris y automóviles.

Ciudad Satélite. Una superciudad de veinticinco millones de habitantes, cada uno de ellos con una historia más conmovedora que contar que la de su vecino. Si lo que quieres son finales felices, más te vale mantenerte alejado de la ciudad del futuro.

Tomemos a Cosmo Hill, por ejemplo, un buen chico que no había hecho nada malo en su corta existencia. Por desgracia, eso no le bastó para garantizarse una vida feliz, por-

que Cosmo Hill no tenía patrocinador, y en Ciudad Satélite, si no tenías patrocinador y no podían localizar a tus padres biológicos consultando los archivos públicos de registro de ADN, te enviaban a un orfanato hasta que alcanzases la edad adulta y, para entonces, o estabas muerto o el orfanato ya te había fabricado unos antecedentes penales para poder venderte a una de las cárceles privadas de trabajos forzados.

Catorce años antes de que emprendamos el hilo de esta historia, un Cosmo recién nacido fue encontrado envuelto en una bolsa aislada térmicamente en La Pizza Alegre de Cosmonaut Hill, Moscovtown. La policía estatal tomó una muestra de su ADN, buscó una coincidencia en el ordenador central de Satélite y no encontró nada. La situación no tenía nada de raro, porque todos los días aparecían huérfanos en la ciudad, así que sumergieron al recién bautizado Cosmo Hill en un tanque de vacunas y lo metieron en un vagón para enviarlo al Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres. En el vagón de transporte de mercancías.

Ciudad Satélite no formaba parte de ningún sistema de seguridad social, por lo que las instituciones tenían que recaudar fondos como pudiesen. La especialidad del Clarissa Frayne era probar productos nuevos: cada vez que una empresa producía un nuevo alimento modificado o desarrollaba un producto farmacéutico no experimentado, el orfanato ofrecía como voluntarios a sus internos para que hiciesen de cobayas. En el aspecto económico, el sistema funcionaba con una lógica aplastante: los huérfanos recibían alimentación y atenciones higiénicas y el Instituto Frayne recibía dinero por el privilegio.

La formación de Cosmo estaba en manos de programas informáticos educativos, tenía los dientes más blancos que la nieve y el pelo brillante y libre de caspa, pero cada día sentía como si le estuviesen rascando el intestino con un estropajo radiactivo. Al final, Cosmo acabó por darse cuen-

ta de que el orfanato estaba acabando lentamente con él: había llegado la hora de largarse.

Solo había tres formas de salir del Clarissa Frayne: la adopción, la muerte o la huida. No tenía ninguna posibilidad de que lo adoptasen, no a su edad: los adolescentes difíciles y malhumorados no gozaban de demasiada popularidad entre las clases medias sin hijos. Durante años, Cosmo había acariciado el sueño de que alguien lo querría algún día, pero ahora había llegado el momento de enfrentarse a la realidad.

La muerte era algo mucho más fácil de conseguir: lo único que debía hacer era seguir haciendo lo que le decían y su cuerpo se rendiría en cuestión de años. La media de la esperanza de vida de un huérfano institucionalizado era de quince años; Cosmo tenía catorce, y eso significaba que le quedaban menos de doce meses para que las estadísticas dictaminasen que le había llegado la hora. Doce meses para planear la opción final, la única forma de salir del Clarissa Frayne con vida: escapando.

En el Instituto Clarissa Frayne para Chicos con Dificultades de Relación con los Padres, todos los días eran prácticamente iguales: trabajo duro de día y sueño irregular por las noches. No había días de descanso ni derechos del niño, todos los días eran días de trabajo. Los supervisores hacían trabajar tan duro a los huérfanos que a las ocho de la tarde casi todos se dormían de pie, soñando con sus camas.

Cosmo Hill era la excepción, pues pasaba cada instante de su vida despierta aguardando esa ocasión, esa fracción de segundo en que su libertad le haría señas desde el exterior de una puerta sin el cerrojo echado o de una verja sin vigilancia. Debía estar preparado para aprovechar ese momento y salir huyendo con él.

No era muy probable que aquella oportunidad se le presentase aquel día en particular y, aunque así fuese, Cos-

mo no creía que tuviese energías para echar a correr a ninguna parte.

Los no-patrocinados habían pasado la tarde probando una nueva serie de antitranspirantes; les habían afeitado las piernas y luego se las habían dividido en secciones con trozos de cinta aislante. A continuación, habían rociado la piel entre un trozo de cinta y el siguiente con cinco variedades distintas de antitranspirante y luego habían ordenado a los chicos subirse a una cinta para empezar a correr. Los sensores sujetos a las piernas de los chicos controlaban sus glándulas sudoríparas y determinaban cuál de los aerosoles era el más eficaz. Al final de la jornada, Cosmo había corrido diez kilómetros y tenía los poros de las piernas hinchados y ardiendo. Casi se alegró de que lo esposasen a un compañero y de iniciar el largo camino de regreso al dormitorio.

El supervisor Redwood urgió a los chicos a que entrasen en el dormitorio. Redwood parecía un gorila engominado, salvo por el tupé de color rojo con el que jugueteaba constantemente.

—Bueno, chicos —dijo Redwood abriendo cada par de esposas de uno en uno—. Esta noche hay un partido y tengo mucho interés en verlo. De hecho, he apostado unos cuantos dinares por el resultado, así que si sabéis lo que os conviene...

A Redwood no le hizo falta terminar de verbalizar su amenaza, pues los chicos sabían que el supervisor conocía cien maneras legales de convertir la vida de un no-patrocinado en un auténtico infierno. Y mil maneras ilegales.

—Que durmáis bien, principitos —se despidió el supervisor con una sonrisa burlona, mientras tecleaba el código de seguridad en la puerta del dormitorio—. Mañana, como de costumbre, os espera un día de mucho ajeteo, repleto de diversión.

Una vez que Redwood hubo salido, los no-patrocinados se relajaron, y el rumor de los gemidos de dolor de los chicos relevó al silencio de la disciplina. Cosmo se tocó con

cuidado la pierna en el lugar donde un aerosol particularmente ácido le había quemado la piel.

—Cinco minutos para apagar las luces —se oyó la voz de Redwood a través de la red de altavoces—. Trepad por la escalera, chicos.

Trescientos huérfanos se dirigieron al unísono a la docena de escaleras de acero y empezaron a trepar por ellas. Nadie quería quedarse en el suelo del dormitorio para cuando apagaran las luces: si los supervisores pillaban a un nopatrocinado en el suelo con las luces apagadas, una carrera de diez kilómetros sería como un paseo dominical comparada con el castigo que le impondrían.

Cada uno de los chicos disponía de una sección del dormitorio donde comía, dormía y pasaba el tiempo libre que tuviesen los no-patrocinados. En realidad, las habitaciones eran secciones de tuberías de cartón cosidas en fragmentos de metro ochenta. Las tuberías estaban suspendidas en un entramado de cables a casi un metro y medio del suelo. Cuando los huérfanos ocupaban las tuberías, todo el invento se balanceaba como un transatlántico.

Cosmo trepó con rapidez, haciendo caso omiso del dolor que sentía en los músculos de la pierna. Su tubería estaba casi arriba de todo; si las luces se apagaban antes de que llegase hasta ella, podía quedarse encallado en la escalera. Con cada peldaño que subía, sentía una nueva punzada de dolor en los tendones, pero seguía trepando, empujando con la cabeza al chico que tenía delante y sintiendo las prisas del chico que venía detrás.

Después de varios minutos de escalada febril, Cosmo llegó a su nivel: una estrecha pasarela de una anchura de apenas un palmo servía de acceso a cada una de las tuberías. Cosmo la cruzó con cuidado, agarrándose a una barandilla de la parte inferior de la pasarela que tenía justo encima. Su tubería estaba cuatro columnas más allá. Cosmo se lanzó al interior y aterrizó en el colchón de espuma diez segundos antes de que apagaran las luces.

Un brillo amarillo y enfermizo iluminaba el interior de las tuberías: la cena. Antes, un supervisor la había arrojado al interior de la tubería con ayuda de una grúa pluma. Años atrás, los no-patrocinados habían probado la comida envasada para consumo de los soldados en el campo de batalla. Tanto las bandejas como las botellas de agua eran luminosas y también comestibles, lo cual significaba que los huérfanos podían comer una vez apagadas las luces, ahorrando de este modo unos cuantos dinares a la dirección del centro. La bandeja era una especie de galleta delgada y crujiente, sin levadura, y la botella de agua estaba hecha de goma de mascar. El ejército había dejado de consumir la comida envasada después de varias denuncias presentadas por los soldados, que aseguraban que aquellos paquetes luminosos les provocaban hemorragias internas. El orfanato compró todo el excedente y se lo daba de comer a los internos todos los días.

Cosmo comía despacio, sin molestarse en preguntarse de qué estaría hecho aquello, porque si se lo preguntaba solo conseguiría añadir una preocupación más a su lista. Tenía que creer que escaparía del Clarissa Frayne antes de que aquellos paquetes de comida envasada le destrozasen la salud. Se guardó el agua para el final, tras usar la mayor parte para acompañar la bandeja de galleta crujiente. Luego, volvió la botella de goma del revés y se la puso encima de la cabeza como si fuera un embudo. «Tiene que haber una vida mejor», pensó con tristeza. En algún lugar, en aquel preciso instante, había gente charlando tranquilamente, seguro que había gente riéndose, echándose unas risas auténticas además, no como aquellas risas maliciosas que tan a menudo retumbaban por los pasillos del orfanato.

Cosmo se recostó y sintió cómo la humedad de la botella de goma le calaba la frente. Esa noche no tenía ganas de pensar, esa noche no quería jugar a fantasear con quiénes eran sus padres, pero el sueño que tanto había necesi-

tado se mostraba ahora esquivo. Sus padres biológicos. ¿Quiénes eran? ¿Por qué lo habían abandonado en Cosmonaut Hill? A lo mejor era ruso, aunque no se podía saber por sus facciones: pelo castaño y rizado, ojos marrones, tez clara y pecosa... Podía ser de cualquier parte.

¿Por qué lo habían abandonado?

Cosmo presionó la botella de goma contra una zona enrojecida de la pierna. «Cállate —le dijo a su cerebro—. Esta noche no. No sigas viviendo en el pasado, hay que mirar al futuro».

Alguien dio unos golpecitos en la tubería de arriba: era Mordazas Murphy. La red estaba estableciendo contacto. Cosmo respondió dando unos nuevos golpecitos y a continuación movió el colchón, como señal para Ganzúas, que estaba en la tubería de debajo. Los no-patrocinados habían ideado un sistema de comunicación que les permitía hablar sin enfurecer a los guardias. El Clarissa Frayne prohibía la comunicación cara a cara entre los chicos con el argumento de que de ese modo podían forjarse amistades, y las amistades podían llevar a la unión, tal vez incluso a la revuelta.

Cosmo hundió las uñas en una abertura de la tubería de cartón y extrajo dos tubos pequeños, hechos de galleta crujiente mezclada con botella de goma molida y luego secada en el alféizar de una ventana. Cosmo atornilló uno en un agujerito de la base de su tubería y el otro en un agujero que tenía arriba.

Oyó la voz de Mordazas procedente del espacio de arriba.

—Eh, Cosmo, ¿qué tal las piernas?

—Me arden —se quejó Cosmo—. Me he puesto la botella de goma en una, pero no sirve de nada.

—Yo también lo he probado —contestó Ganzúas desde abajo—. Antitranspirantes. Es casi tan horrible como aquella vez que nos hicieron probar las balas trepadoras. Me pasé una semana entera vomitando.

A través de los agujeros de la estructura de tuberías fluieron toda clase de consejos y sugerencias. El hecho de que las tuberías estuviesen conectadas entre sí, además de la acústica de la sala, hacía que las voces recorriesen unas distancias asombrosas por toda la red. Cosmo oía cuchichear a los no-patrocinados a cien metros de distancia.

—¿Qué dice el Químico? —preguntó Cosmo—. De lo de las piernas.

El Químico era el nombre que habían dado los habitantes del orfanato a un chico que dormía a tres columnas de él. Le encantaba ver los programas médicos que emitían por televisión y era lo más parecido a un especialista que tenían los no-patrocinados.

La respuesta no tardó ni un minuto en llegar a sus oídos.

—El Químico dice que te escupas en las manos y te frotes la saliva en las piernas. Parece ser que la saliva contiene algo así como un bálsamo; pero, sobre todo, no te chupes los dedos o te pondrás peor que la vez de las balas trepadoras.

El ruido que hacían los chicos al escupirse en las manos retumbó en toda la sala, y el entramado de tuberías dio una sacudida con los movimientos. Cosmo siguió el consejo del Químico, luego se recostó y se dejó empapar por cientos de conversaciones distintas. A veces intervenía él también o al menos escuchaba una de las historias de Mor-dazas, pero aquella noche, en lo único en que podía pensar era en el momento en que la libertad llamase a su puerta. Y en que debía estar listo para recibirla.

La oportunidad de oro de Cosmo para abrazar la libertad se presentó justo al día siguiente, durante un traslado rutinario. Cuarenta no-patrocinados, Cosmo entre ellos, acababan de pasar el día en una productora de música viendo una serie de posibles *spots* televisivos para promocionar grupos de música pop generados por ordenador, seguidos

de un cuestionario de sesenta kilobytes. ¿Qué no-cantante te ha gustado más? ¿Qué no-artista te ha parecido más guay? ¿«Guay»? Hasta los ordenadores de la productora estaban desfasados. Los adolescentes ya nunca decían eso de «guay». Cosmo leyó las preguntas muy por encima antes de marcar una casilla con su bolígrafo digital; prefería la música hecha por gente de verdad al pop generado por unos cuantos píxeles. Pero nadie abrió la boca para protestar: un día viendo vídeos de música era infinitamente mejor que someterse a más pruebas químicas.

Los guardias del Frayne subieron a los no-patrocinados a una camioneta justo después de la sesión. Aquel vehículo debía de tener más de cien años, con sus neumáticos de caucho y todo en lugar de las bandas de plástico habituales. A Cosmo le pusieron como compañero de esposas a Mordazas Murphy. Mordazas era un chaval muy majo, solo que hablaba demasiado. Precisamente por eso se había ganado aquel apodo en el orfanato: un día, el chico irlandés había estado «hablando demasiado» con la persona equivocada y le habían puesto una mordaza en la boca con unas bolsas de plástico, solo que no se habían conformado con tapársela sin más y se las habían pegado con Superglue. Las ampollas tardaron semanas en desaparecerle de la boca, pero Mordazas no solo no había escarmentado, sino que ahora tenía algo más de lo que hablar.

—No lo llaman Superglue porque sí, no te creas —explicó Mordazas animadamente, mientras uno de los guardias pasaba las esposas por la anilla de sujeción del asiento—. Los médicos usan esa cosa en las zonas de guerra para cerrar las heridas. Lo echan directamente en la herida, ¿sabes?

Cosmo asintió con la cabeza sin demasiado entusiasmo. Mordazas parecía olvidar que ya había contado esa historia un millón de veces, a lo mejor porque Cosmo era el único que fingía escucharlo cuando hablaba.

—Tuvieron que usar agua hirviendo para quitarme aquello de la cara —siguió diciendo Mordazas—. Pero no sentí nada, no sufras. Uno de los guardias me durmió la cara entera con anestesia. No me habría enterado ni aunque me hubiesen estado martilleando clavos de diez centímetros en el cráneo.

Cosmo se frotó la piel de las muñecas, bajo las esposas. Todos los no-patrocিনados tenían una marca roja alrededor de la muñeca, la marca de la vergüenza.

—¿Has probado alguna vez a respirar solo por la nariz durante un día entero? A mí me entró el pánico varias veces, te lo confieso.

En la parte delantera del furgón, el piloto estaba alineando el vehículo con la sección de navegación del Satélite. Sin embargo, las semanas anteriores había habido muchos problemas con el Satélite: demasiadas conexiones, decían los lavacerebros televisivos. El Myishi 9 empezaba a pesar demasiado, sencillamente, para que sus motores soportasen una órbita tan baja. Se decía incluso que las antenas de algunas compañías se rompían y se quemaban.

—¿A qué viene el retraso? —gritó el supervisor Redwood. Ese día, el mastodóntico pelirrojo tenía mal aliento y peor humor. Seguro que había tomado demasiadas cervezas la noche anterior. Su barrigón bamboleante era un claro indicio de que tomaba demasiadas cervezas casi todas las noches—. Si vuelvo a llegar tarde a casa esta noche, Agnes me ha jurado que se va a vivir con su hermana.

—Es el Satélite —gritó el piloto—. No me dan línea.

—Bueno, pues consigue esa línea o te aseguro que será mi bota la que te deje una línea en el trasero.

Mordazas se rio lo bastante alto para que Redwood lo oyera.

—¿Crees que estoy de guasa, Francis? —gritó el hombre, pellizcándole la oreja a Mordazas—. ¿Que no soy capaz de hacerlo?

—No, señor, estoy seguro de que es capaz de hacerlo, señor. Tiene esa mirada en los ojos, y no es buena idea meterse con alguien que tiene esa mirada en los ojos.

Redwood levantó la barbilla de Mordazas hasta que ambos se miraron a los ojos.

—¿Sabes qué, Francis? Es la primera frase inteligente que te oigo decir en mi vida. No es buena idea meterse conmigo porque siempre hago lo que me da la gana. La única razón por la que no me deshago todos los días de una docena de vosotros, los raritos, es por el papeleo. Odio el papeleo.

Mordazas debería haber cerrado la boca en ese momento, pero no pudo. Su boca no se lo permitió.

—Ya había oído eso de usted, señor.

Redwood le tiró con más fuerza de la barbilla, obligándolo a subirla unos centímetros.

Cosmo tiró de la cadena de las esposas, como advertencia. Redwood no era un hombre al que se pudiese llevar al límite de las provocaciones. Hasta los chavales psicópatas tenían miedo de Redwood. Corrían muchos rumores sobre él, historias sobre la desaparición de algunos no-patrocinados.

Sin embargo, Mordazas no podía callarse. Las palabras se le escaparon de la boca como abejas furiosas de una colmena.

—He oído decir que no le gusta el papeleo porque parece ser que algunas palabras tienen más de tres letras.

Acabó la frase con una risa aguda, provocada por la histeria más que por el humor. Cosmo se dio cuenta entonces de que desde allí Mordazas iría derechito al pabellón psiquiátrico, si es que vivía lo suficiente para ir a alguna parte.

Redwood desplazó los dedos al pescuezo de Mordazas y empezó a hacer presión como si tal cosa.

—Los imbéciles como tú no se enteran de la película: en esta ciudad no te dan ningún premio por hacerte el gracioso, así solo conseguirás hacerte daño o algo peor.

El Satélite le salvó el cuello a Mordazas, pues transmitió un plan de transporte antes de que Redwood pudiese cerrar un poco más los dedos. El furgón avanzó desde su sitio en el aparcamiento y se desplazó hasta la autopista principal. De la parte inferior del chasis se desplegó una guía que fue a introducirse en la ranura correspondiente de la autopista.

—Ya estamos alineados —anunció el piloto—. Llegaremos al instituto dentro de diez minutos.

Redwood soltó el cuello de Mordazas.

—Tienes la suerte del irlandés, Francis. Ahora estoy demasiado contento para causarte ningún daño, pero luego, cuando esté de un humor de perros, cuenta con ello.

Mordazas tomó aliento casi con avaricia, pues sabía por experiencia que la tráquea no tardaría en encogerse hasta adquirir el diámetro de la pajita de un refresco y emitiría silbidos cada vez que hablase.

—Procura cerrar el pico, Mordazas —le susurró Cosmo mientras veía alejarse al supervisor—. Redwood está loco; para él no somos seres de carne y hueso.

Mordazas asintió y se frotó el cuello dolorido.

—No puedo evitarlo —le explicó con voz ronca y lágrimas en los ojos—. Las barbaridades se me escapan por la boca. Esta vida me está volviendo loco.

Cosmo conocía muy bien aquella sensación. Era la misma que se apoderaba de él muchas noches, tumbado en su tubería oyendo el llanto sofocado a su alrededor.

—Seguro que tú también lo sientes, Cosmo. ¿Crees que va alguien a adoptar a un psicópata *borderline* como yo o a un adolescente problemático como tú?

Cosmo apartó la mirada. Sabía que ninguno de los dos encajaba en el perfil de adolescente con probabilidades de ser adoptado, pero Mordazas siempre había conseguido fingir que aquel era el día en que aparecerían sus nuevos padres. La negación de aquel sueño significaba que el chico estaba al borde del colapso mental.